

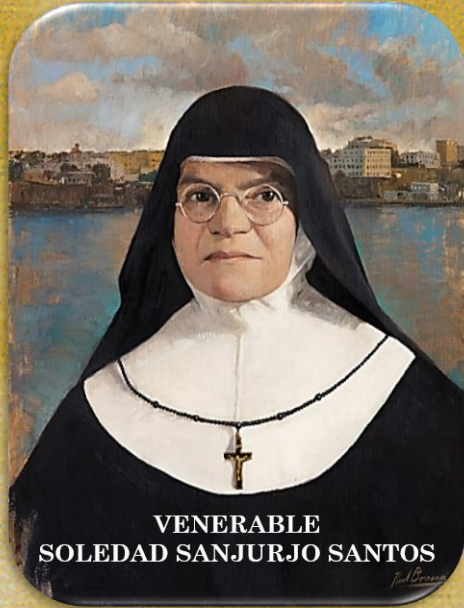
Queridos Hermanos:

Vamos acercándonos a la Celebración de la fiesta de San José ¡ya hemos alcanzado el Séptimo Domingo!. En este avanzar, nos hemos sentido Iglesia Peregrina, orando unidos por el Santo Padre, Peregrino él, en la probada y martirial tierra de Irak. Nos sentimos orgullosos de esos nuestros hermanos, testigos valientes de la fe y nos llena de admiración nuestro entregado Pastor, Papa Francisco. No hay duda de que “como en la sombra” pero siempre Patrón y Padre, San José ha estado muy presente en esta experiencia eclesial, protegiendo a la Iglesia que palpitaba, formando un solo corazón y un alma sola en la Fe y en el Amor.

Es hermoso y evangélico, este dejar crecer a los otros y sentirnos comprometidos en nuestro avanzar de creyentes, como lo hace el Papa, como lo hizo y hace San José, como, no hay duda lo vivió nuestra Venerable Soledad Sanjurjo: a quien, en el transcurso de su vida, se le encomendaron muchas Hermanas y ella, con sumo respeto, sabiendo lo que llevaba entre manos, les ayudó a crecer en la fe. Recuerdan quienes en ese tiempo de formación la trataron, que conocía muy bien lo que cada persona podía dar y cuando les encomendaba una responsabilidad y ellas dudaban de sus posibilidades, después de hacerles ver que estaban preparadas para ello y de que tenían cualidades, las enviaba a orar ante el Sagrario diciéndoles: “escuche lo que el Señor le dice”. Y, como ella lo había considerado también largamente con el Señor, siempre llevaba las de ganar.

Era conocido por los Sacerdotes, su don de discernir las vocaciones y le enviaban las jóvenes para que hablaran con ella, que las iniciaba en un itinerario de oración: Las esperaba en la portería, las acogía y las llevaba a la Capilla, donde, creaba un ambiente de silencio, confianza, escucha del Señor, tomando siempre a María, como modelo y guía de respuesta, a lo que Dios les iría pidiendo. Buscaba lo que Dios quería para cada una, según la predisposición que el Dueño de la Mies, había puesto ya en cada joven. Tardaron ellas en saber que, quien las acompañaba era la Superiora de la casa, pues, siempre era sencilla, prudente, como quien desde la sombra, solo busca el que brille la Luz verdadera.

COMO ELLA, TRATEMOS DE VIVIR SIENDO REFLEJO DE CRISTO, LA LUZ QUE NO
CONOCE OCASO.



VENERABLE
SOLEDAD SANJURJO SANTOS

SIERVA DE MARÍA MINISTRA DE LOS
ENFERMOS

7

Padre en la sombra

Nadie nace padre, sino que se hace. Y no se hace sólo por traer un hijo al mundo, sino por hacerse cargo de él responsablemente.

Todas las veces que alguien asume la responsabilidad de la vida de otro, en cierto sentido ejercita la paternidad respecto a él.

zenit_



Septimo domingo, 14 de marzo

7. Padre en la sombra

El escritor polaco Jan Dobraczyński, en su libro *La sombra del Padre*, noveló la vida de san José. Con la imagen evocadora de la sombra define la figura de José, que para Jesús es la sombra del Padre celestial en la tierra: lo auxilia, lo protege, no se aparta jamás de su lado para seguir sus pasos. Pensemos en aquello que Moisés recuerda a Israel: «En el desierto, donde viste cómo el Señor, tu Dios, te cuidaba como un padre cuida a su hijo durante todo el camino» (Dt 1,31). Así José ejercitó la paternidad durante toda su vida.

Nadie nace padre, sino que se hace. Y no se hace sólo por traer un hijo al mundo, sino por hacerse cargo de él responsablemente. Todas las veces que alguien asume la responsabilidad de la vida de otro, en cierto sentido ejercita la paternidad respecto a él.

En la sociedad de nuestro tiempo, los niños a menudo parecen no tener padre. También la Iglesia de hoy en día necesita padres. La amonestación dirigida por san Pablo a los Corintios es siempre oportuna: «Podrán tener diez mil instructores, pero padres no tienen muchos» (1 Co 4,15); y cada sacerdote u obispo debería poder decir como el Apóstol: «Fui yo quien los engendré para Cristo al anunciarles el Evangelio» (ibíd.). Y a los Gálatas les dice: «Hijos míos, por quienes de nuevo sufro dolores de parto hasta que Cristo sea formado en ustedes» (4,19).

Ser padre significa introducir al niño en la experiencia de la vida, en la realidad. No para retenerlo, no para encarcelarlo, no para poseerlo, sino para hacerlo capaz de elegir, de ser libre, de salir. Quizás por esta razón la tradición también le ha puesto a José, junto al apelativo de padre, el de “castísimo”. No es una indicación meramente afectiva, sino la síntesis de una actitud que expresa lo contrario a poseer. La castidad está en ser libres del afán de poseer en todos los ámbitos de la vida. Sólo cuando un amor es casto es un verdadero amor.



El amor que quiere poseer, al final, siempre se vuelve peligroso, aprisiona, sofoca, hace infeliz. Dios mismo amó al hombre con amor casto, dejándolo libre incluso para equivocarse y ponerse en contra suya. La lógica del amor es siempre una lógica de libertad, y José fue capaz de amar de una manera extraordinariamente libre. Nunca se puso en el centro. Supo cómo descentrarse, para poner a María y a Jesús en el centro de su vida.

La felicidad de José no está en la lógica del auto-sacrificio, sino en el don de sí mismo. Nunca se percibe en este hombre la frustración, sino sólo la confianza. Su silencio persistente no contempla quejas, sino gestos concretos de confianza. El mundo necesita padres, rechaza a los amos, es decir: rechaza a los que quieren usar la posesión del otro para llenar su propio vacío; rehúsa a los que confunden autoridad con autoritarismo, servicio con servilismo, confrontación con opresión, caridad con asistencialismo, fuerza con destrucción. Toda vocación verdadera nace del don de sí mismo, que es la maduración del simple sacrificio. También en el sacerdocio y la vida consagrada se requiere este tipo de madurez. Cuando una vocación, ya sea en la vida matrimonial, célibe o virginal, no alcanza la madurez de la entrega de sí misma deteniéndose sólo en la lógica del sacrificio, entonces en lugar de convertirse en signo de la belleza y la alegría del amor corre el riesgo de expresar infelicidad, tristeza y frustración.

La paternidad que rehúsa la tentación de vivir la vida de los hijos está siempre abierta a nuevos espacios. Cada niño lleva siempre consigo un misterio, algo inédito que sólo puede ser revelado con la ayuda de un padre que respete su libertad. Un padre que es consciente de que completa su acción educativa y de que vive plenamente su paternidad sólo cuando se ha hecho “inútil”, cuando ve que el hijo ha logrado ser autónomo y camina solo por los senderos de la vida, cuando se pone en la situación de José, que siempre supo que el Niño no era suyo, sino que simplemente había sido confiado a su cuidado. Después de todo, eso es lo que Jesús sugiere cuando dice: «No llamen “padre” a ninguno de ustedes en la tierra, pues uno solo es su Padre, el del cielo» (*Mt 23,9*).

Siempre que nos encontremos en la condición de ejercer la paternidad, debemos recordar que nunca es un ejercicio de posesión, sino un “signo” que nos evoca una paternidad superior. En cierto sentido, todos nos encontramos en la condición de José: sombra del único Padre celestial, que «hace salir el sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos» (*Mt 5,45*); y sombra que sigue al Hijo.